

bañado en lágrimas, sería muy digno de su profesión recetar alguna cosa para que estas elocuentes perlas no se derramen por fruslerías, ni sean empleadas como siervas de caprichos mujeriegos, sino reservadas para ocasiones serias, como generosa compasión, verdadera penitencia, ó fundada pesadumbre.

» Soy de Vd. etc. »

#### QUEJAS DE LOS HOMBRES. — JÚPITER Y LOS DESTINOS.

(Sueño de Addison, vertido del inglés.)

Entre los muchos corresponsales que leen mi periódico, y me escriben refiriéndome sus circunstancias y pidiéndome consejo, ningunos son más importunos que los quejosos. Uno de éstos data su carta de las orillas de un arroyo murmurante y solitario, en donde acostumbra meditar en la divina Clarisa, y busca actualmente un salto, como el de Leucade, que se halla resuelto á dar, á menos que yo no lo consuele por la pérdida de aquella mujer perjura y encantadora. Por otro lado, la pobre Lavinia me urge tanto para que la conforte, y se mira reducida á tal desesperación, que me dice escribe su carta con la pluma en una mano, y su atadero en la otra, pronta á ahorcarse. Un caballero de una antigua familia que vive en el campo, casi ha perdido el juicio, con motivo de un lebrele, que después de haber sido compañero suyo durante diez años, se ha vuelto rabioso. Otro que yo creo serio, se queja del modo más patético, de la pérdida de su mujer; y otro, en términos aún más dolorosos, de la pérdida de una bolsa de dinero que le robaron en la calle, y que, según dice, no le causaría ninguna pena, si la hubiese dado á los pobres. En fin, no hay calamidad en la vida humana, que no haya producido una carta.

Asombra ciertamente la facilidad con que los hombres se procuran aflicciones por cada cosa. Tierras y casas, carneros y bueyes, producen infelicidad ó contento en el corazón de criaturas racionales. Aun más, yo he visto un abanico, una pañoleta, una palatina, haber sido causa de una dicha ó una desgracia completa. Un perrito faldero ha desgarrado muchos corazones. Flavia, que ha sepultado cinco hijos y dos maridos, nunca ha podido consolarse de la pérdida de su loro. ¡Cuántas veces una divina criatura no ha experimentado convulsiones por un desprecio en un baile,

ó en una concurrencia! Sempronía ha permanecido encerrada en un cuarto desde el último baile de máscaras, y está en más peligro de perder la vida por no haber conseguido entrar en la moji-ganga, que Clarinda por el violento resfriado que cogió en ella. Ni son estas queridas criaturas las únicas que sufren con semejantes enfermedades imaginarias. Mas de un autor se ha afligido por la censura de alguno, considerado antes por él como idiota; y muchos héroes han caído en profunda melancolía porque la ínfima plebe no los había aclamado en la calle. Meno cifra toda su felicidad en un caballo corredor; Parco en una carretela dorada; Hario en una cadena de oro, y Florio en una mata de azucenas. Sería cuento de nunca acabar, referir la multitud de miserias que afligen al género humano; pero como no debe medirse una miseria por la naturaleza del mal sino por el temperamento del paciente, presentaré á mis lectores, real ó imaginariamente desgraciados, una alegoría del gran padre y príncipe de los poetas.

Sentado, después de comer, en mi poltrona, tomé un libro de Homero, y leí el famoso discurso de Aquiles á Priamo, en que le dice que Júpiter tiene á su lado dos grandes toneles, uno lleno de bienes y otro de males, y de los cuales forma él una composición para cada hombre que viene al mundo. Me agradó tanto este pasaje, que cuando en mi siesta habitual me quedé dormido, tuve el siguiente sueño :

Cuando Júpiter tomó en sus manos las riendas del gobierno del mundo, las diversas partes de la naturaleza, con las deidades que las presidian, le pagaron homenaje. Una le presentó una montaña de vientos; otra un almacén de granizo; otra un manojito de rayos. El Océano un tridente; la Tierra sus frutos y el Sol sus estaciones. Entre las diversas deidades que vinieron á complimentarlo, los Destinos llegaron con dos grandes toneles, y los colocaron á diestra y siniestra de su trono. Uno estaba lleno de bienes y otro de males de la vida humana. Júpiter, al principio de su reinado, viendo al mundo más inocente que en esta edad de hierro, derramó abundantemente en él los bienes del tonel colocado á su diestra; pero como los hombres degeneraron y se hicieron indignos de sus bendiciones, vació sobre ellos el tonel colocado á su izquierda y llenó el mundo de penas y de pobreza, guerras y enfermedades, celos y falsedad, placeres envenenados y muertes prematuras.

Júpiter al fin se irritó tanto con la depravación de la naturaleza humana, y las repetidas provocaciones que recibía de todas las partes de la tierra, que habiendo resuelto destruir toda la especie,

excepto Deucalión y Pirra, ordenó á los destino que recogiesen los bienes derramados entre los hombres, y los guardasen hasta que el mundo se viese habitado por una raza más digna y meritoria.

Las tres hermanas bajaron inmediatamente á la tierra, en solicitud de los bienes desparramados en ella; pero encontraron su comisión más difícil de lo que habían creído. Los primeros lugares en que les pareció poder lograr su intento fueron las ciudades, palacios y cortes; pero en vez de encontrar lo que solicitaban, no hallaron más que envidia, aflicción y desasosiego con los demás ingredientes del tonel de la izquierda; pero con sorpresa descubrieron el contento, la tranquilidad y la salud, con las demás bendiciones de la vida, en las cabañas, retiros y soledades.

Otra circunstancia no menos inesperada que la primera, y que puso á los Destinos en gran perplejidad, fué que observaron que varios bienes habían degenerado en males, y varios males mejorado en bienes. Encontraron al poder tan inquieto por conservarlo, que no era una bendición sino una desgracia para los que lo ejercían. La juventud estaba plagada de enfermedades peores que las de la vejez. La riqueza se hallaba unida á tan sórdida avaricia, que la convertía en una especie de pobreza, de lo más triste y penosa. Por el contrario, encontraron á menudo penas llenas de gloria por medio de la grandeza de alma; pobreza perdida en el contento; deformidad embellecida por la virtud. En una palabra, los bienes eran muchas veces como frutos plantados en terreno ingrato, que por grados van perdiendo su gusto hasta llegar á ser insípidos y malsanos; y los malos como frutos agrios, cultivados en buena tierra, y enriquecidos con inoculaciones é injertos adecuados, hasta que se llenan de jugos generosos, dulces y agradables.

Otra circunstancia que sorprendió no menos á las hermanas, fué el haber descubierto bienes y males en los toneles de Júpiter, que no habían existido, y que sin embargo, procuraban á los hombres placeres y sinsabores. Estos frutos, de una cosecha espuria, no sembrada por la Deidad, crecían espontáneamente en las imaginaciones y disposiciones de las criaturas humanas, como por ejemplo, vestidos, empleos, títulos, cruces, decoraciones, carruajes, trenes, cortedad de genio, vergüenza mal entendida, con todos los demás caprichos vanos que germinan en las almas débiles, imperfectas é irresolutas.

Las tres hermanas encontrándose en tan gran perplejidad,

conocieron que les era imposible ejecutar su comisión, y resolvieron echar los bienes y los males reunidos en un gran tonel, y presentarlos á los pies de Júpiter. Así lo hicieron, y la hermana mayor, queriendo hacer una apología de la conducta que habían observado dijo al padre de los dioses:

¡Oh Júpiter! hemos reunido juntamente los bienes y los males, los placeres y las penas de la vida humana y así te los presentamos. Te pedimos que en lo sucesivo, los distribuyas tú mismo según lo estimare conveniente tu alta sabiduría; porque nosotros reconocemos que, excepto tú, no hay quien pueda distinguir lo que puede ocasionar pena ó alegría en los corazones humanos.

#### ASTUCIAS DE JUNO PARA RECOBRAR EL AMOR DE JÚPITER.

*(Escrito de Addison, publicado en el Charlador de Londres.)*

La lectura es para el alma lo que el ejercicio para el cuerpo. Así como la salud se conserva y fortifica con el uno, la virtud, que es la salud del alma, se mantiene viva y asegura con la otra. Pero del mismo modo que el ejercicio es fastidioso y molesto cuando sólo lo hacemos para preservar la salud, la lectura fatiga cuando sólo nos dedicamos á ella para confirmarnos en la virtud. Por esta razón la virtud que retiramos de una fábula ó una alegoría, es como la salud que ganamos por medio de la caza, en que agradablemente nos vemos arrastrados en persecución de una presa y no sentimos las fatigas del ejercicio.

Después de este prefacio, expondré una hermosísima fábula alegórica del gran poeta Homero, cuyas obras es difícil dejar de la mano cuando se ha comenzado á leerlas. La destino particularmente á mis bellas corresponsales que me escriben quejándose de haber perdido el amor de sus maridos y me piden consejo para recobrarlo.

Juno, dice Homero, viendo á Júpiter, su marido, sentado en la cima del monte Ida, y conociendo la aversión que había concebido por ella, comenzó á estudiar el medio de recobrar su amor y de hacerse agradable á sus ojos. Con esta idea se retiró á su cuarto y se bañó en ambrosia, lo cual comunicó á su persona toda su belleza, y difundió un olor tan divino, que refrescó toda la naturaleza y dulcificó el cielo y la tierra. Juno dejó flotar sus inmor-

tales trenzas del modo más gracioso, y cuidó muy particularmente de ponerse todos los adornos que el poeta describe minuciosamente, y que la diosa eligió como más adecuados á realzar su persona. En seguida hizo una visita á Venus, diosa que preside al amor, y le pidió como un favor especial, que le prestara por poco tiempo aquellos encantos con que ella había subyugado los corazones de los dioses y de los hombres, porque, le dijo Juno, quiero emplearlos para reconciliar á las dos deidades que tuvieron cuidado de mi infancia y cuya desavenencia es ahora tan grande que duermen en lecho separado. Venus se sintió lisonjeada de la oportunidad de poder ser útil á diosa tan eminente y por eso le regaló el *cestus* que ella acostumbraba llevar en su cintura, aconsejándole que lo ocultase en su seno hasta que hubiera conseguido lo que deseaba. Este *cestus* era una bella cintura abigarrada, en la que, como dice Homero, se veían bordados todos los atractivos del bello sexo. Las cuatro principales figuras del bordado eran, amor, deseo, ternura y conversación, todo acompañado de aquella dulzura y complacencia, que, dice el poeta, insensiblemente roba los corazones de los hombres más juiciosos.

Juno después de hechos estos preparativos necesarios, vino como por accidente á presencia de Júpiter que se dice se sintió tan inflamado con la belleza de su mujer como cuando al principio la robó y estrechó en sus brazos sin el consentimiento de sus padres. Juno, para encubrir sus verdaderos pensamientos, le dijo lo mismo que á Venus, que iba á hacer una visita á Océano y á Tetis. Júpiter la decidió á permanecer en su compañía diciéndole que ella aparecía á sus ojos más amable que ningún mortal, ninguna diosa y aun más de la que ella misma le había aparecido antes. El poeta representa en seguida á Júpiter tan enamorado, que sin aguardar á encontrarse con Juno en la casa construida por Vulcano según el plano dado por la misma Juno, arrojó sobre las cabezas de ambos cuando se hallaban sentados en la cima del monte Ida, una nube de oro, al mismo tiempo que la tierra que pisaba se cubrió de jacintos, azafrañes y otras plantas odoríferas que formaban un lecho para su reposo.

Esta compendiada versión de uno de los pasajes más bellos de Homero, puede procurar abundante instrucción á la mujer que desee preservar ó recuperar el amor de su marido. El cuidado de la persona y del vestido con las delicadezas bordadas en el *cestus*, se miran tan claramente recomendados en esta fábula, y son tan absolutamente indispensables en una mujer que desea

agradar, que no necesitan ulterior explicación. De la misma manera la discreción de ocultar las desavenencias matrimoniales del conocimiento de los otros, se manifiesta en la fingida visita á Tetis y en la conversación de Juno con Venus; el manejo casto y prudente y los encantos de una mujer se ven intimados en el mismo intento de Juno de presentarse ante su marido y de conservar oculta en su seno la cintura maravillosa. Dejo esta fábula á la consideración de aquellas buenas mujeres caseras que nunca se hallan bien vestidas sino cuando salen fuera de su casa, y creen necesario aparecer más agradables á los otros hombres que á sus maridos; como también á las prudentes esposas que, para evitar las apariencias de un amor apasionado, tratan á sus maridos con indiferencia, aversión, silencio ó lenguaje acerbo.

#### MARIDOS CELOSOS.

(*Ensayo de Addison, publicado en el Espectador de Londres.*)

Entre las muchas cartas que he recibido estos días, he examinado las de varias mujeres que se quejan del celo mal fundado de sus maridos, y me piden consejos sobre el particular. Lo haré con sumo gusto, pero previamente describiré la pasión de los celos y el espíritu de los celosos. Celos es aquel dolor que siente un hombre cuando teme no ser amado de la persona amada por él cordialmente. Ahora bien, como nuestras pasiones é inclinaciones interiores no pueden hacerse visibles, es imposible que un celoso se cure enteramente de sus sospechas; siempre conservará en su alma la duda y la incertidumbre, sin poder recibir ninguna satisfacción del lado ventajoso; es decir, que sus indagaciones tocan el punto culminante de buena fortuna, cuando no le descubren nada. Su placer nace de no haber descubierto lo que buscaba, y pasa la vida solicitando un secreto que lo haría infeliz si llegase á descubrirlo.

En los celos hay amor ardiente (a), este amor forma uno de los

(a) Los celos, dice la poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz:

Son prueba de que hay amor  
El signo más manifiesto,  
Como la humedad del agua  
Y como el humo del fuego.

principales ingredientes en esta pasión, porque el mismo afecto que estimula los deseos de un celoso, y le hace ver en su imaginación una belleza tan grande en la parte amada, le hace creer que enciende la misma pasión en los otros, y que aparece amable á todos los que la miran : y como el celo nace de un amor extraordinario, sólo se contenta con amor igual al suyo. Ni las seguridades más ardientes de afecto, ni las más tiernas expresiones de cariño, son capaces de calmar á un celoso cuando no se halla persuadido de que son sinceras y la satisfacción reciproca. El celoso desea ser una especie de deidad respecto de su querida, el objeto único de sus obras, miradas, palabras y pensamientos, y siempre pronto á enojarse si ella admira cualquiera cosa que no sea él mismo.

El espíritu celoso es de influencia tan maligna, que corrompe todo lo que ve ú oye (a), y se sustenta con su propio veneno. Un recibimiento frío le coloca en la tortura, y lo atribuye al odio ó á la indiferencia; un recibimiento ardiente le infunde sospechas, y le parece efecto de la disimulación y del artificio. Si la persona que ama está alegre, es porque piensa en otro; si triste, se imagina que sólo él causa su tristeza. No hay palabra ni ademán, por insignificante que sea, que no alimente sus sospechas, y que no contribuya á extender sus falaces descubrimientos; de modo que si consideramos los efectos de esta manía, se creará que viene más bien de un odio inveterado que de un amor excesivo, porque ciertamente no hay inquietud que iguale á la de una mujer sospechada de infidelidad, sino la inquietud de un marido celoso (b).

(a)	El círculo mira Cuadrado el celoso, Lo cierto dudoso, Lo falso veraz.
-----	--

(b) El contraste de pasiones que agitan al celoso, y los tormentos que le ocasionan, son bonitamente descritos por Metastasio en estos preciosos versos de su drama de *Catón* :

Che sia la gelosia  
Un gelo in mezzo al foco,  
E ver, ma questo è poco :  
E il più crudel tormento  
D'un cor, che s'innamora,  
E questo è poco ancora :  
Io nel mio cor lo sento,  
E non lo so spiegar.  
Se non portasse amore

Pero la mayor desgracia de esta pasión es que tiende naturalmente á enajenar el afecto que con tanta solicitud quiere monopolizar para sí solo el celoso, porque por un lado coarta fuertemente las palabras y las acciones de la persona sospechada, y por otro manifiesta que no tiene buena opinión de ella, y ambos motivos engendran aversión.

Ni es este el peor efecto de los celos, porque muchas veces producen consecuencias fatales haciendo que la persona celosa sea sospechada del mismo crimen. Es muy natural que los que son maltratados y acusados de falsedad, encuentren un amigo íntimo que escuche sus quejas, tome parte en sus sufrimientos y trate de suavizar sus resentimientos secretos. Por otra parte, los celos suelen inspirar á la mujer un designio que quizá no habría concebido jamás, y esta funesta idea ocupa tanto su imaginación, que llega á familiarizarse con ella, enciende sus deseos y pierde toda la vergüenza y horror que le había exitado al principio. No debe pues causar maravilla que una mujer ostigada por un hombre con injustas sospechas, y que por lo tanto, nada tiene que perder en el afecto de su marido, se resuelva á darle razón para ellas y á disfrutar el placer del crimen, puesto que debe sufrir la ignominia. Tales fueron probablemente las consideraciones que animaron al hombre sabio en sus consejos á los maridos : « No seas celoso de la mujer que acoges en tu seno y no le des una mala lección que redunde en tu perjuicio (a). »

Comunmente se observa que no hay duelos más agudos y sentidos que los de los maridos celosos que pierden sus mujeres. Entonces es cuando su amor se revela en toda su fuerza, y disipa todas las sospechas que habían contribuido á sofocarlo y aun á extinguirlo. No piensan ni hablan más que de las buenas cualidades de la divina persona que han perdido, se vituperan á sí mismos por el mal trato que le dieron, á la vez que atentan y destierran de su memoria todos los defectillos que les causaron antes tanta inquietud.

Por lo que se ha dicho, puede verse que la pasión de los celos echa profundas raíces en los hombres de una complexión amorosa, y entre éstos podemos distinguir tres clases.

Affanno si tiranno,  
Qual è quel rozzo core,  
Che non vorrebbe amar?

(a) *Eclesiástico*, cap. ix. 1.

Los primeros son los que se reconocen ellos mismos tocados de alguna flaqueza, sea de debilidad, de vejez, de fealdad, de ignorancia, etc. Estos hombres se hallan tan penetrados de lo repugnantes que son estos defectos, que no se atreven á lisonjearse de ser realmente amados, y desconfían hasta tal punto de su propio mérito, que todas las caricias que se les hacen los desconciertan y les parecen destinadas á ridiculizar sus personas. Al considerar sus semblantes en un espejo, les entra la sospecha, y la vista de una sola arruga enciende su celo. Luego que ven á un hombre bien parecido se alarman, todo semblante joven ó alegre hace recaer su pensamiento celoso sobre sus mujeres.

La segunda clase de hombres sujetos á esta pasión, son de un temperamento astuto, cauteloso y desconfiado. Se censura con razón á los historiadores políticos el no dejar nada al capricho y la casualidad, y á atribuir cada acción á algún plan ó medida bien concertada; á derivar los acontecimientos de ciertas causas, y á establecer una exacta correspondencia entre los progresos del ejército y las órdenes del gabinete. Lo mismo sucede en el amor á los hombres que tienen una alma muy sutil y que todo lo quieren refinar. Explican el motivo de una ojeada, y encuentran un designio en una sonrisa; dan un nuevo sentido y nuevas significaciones á las palabras y á los actos, y se atormentan y espantan con sus propios fantasmas. Siempre disfrazados ellos mismos, toman por hipocresía en los otros lo que sólo tiene la apariencia de ella. En una palabra, no creo que haya personas en el mundo que descubran menos la verdad de las cosas, que estos grandes refinadores que se felicitan de su penetración, y se consideran como muy advertidos.

Si tales hombres se imaginan que conocen á las mujeres por reflexión, los disolutos y los viciosos creen que las conocen por experiencia, y éstos forman la tercera clase de celosos. Han visto tantos pobres maridos engañados por sus mujeres, y tan bien desorientados en los laberintos de una intriga amorosa, que siempre temen alguna trama secreta en los pasos de sus mujeres. Si un marido vicioso encuentra que la conducta de su mujer tiene alguna semejanza lejana con la de otro que no vale gran cosa, nunca deja de atribuirle los mismos principios y las mismas intenciones. Por este motivo la observa de cerca, le sigue los pasos, y conoce muy bien la caza para que se le escape el gazapo. Acostumbrado por otra parte á tratar mujeres perdidas, no debe causar asombro, que considere como tal á todo el sexo y lo

acuse de impostura. Pero si á pesar de toda su experiencia puede vencer sus preocupaciones y tener buena opinión de algunas mujeres, sus deseos criminales no pueden menos de infundirle sospechas de otro lado, y hacerle creer que todos los hombres tienen las mismas inclinaciones que él mismo.

Sea por causa de estos ó de otros motivos predominantes, los historiadores modernos de América, y nuestra experiencia en Europa, nos dicen que los celos no son un vicio del Norte, y que reinan con más furia en las naciones más cercanas á la influencia del sol. Es desgracia para una mujer, el haber nacido entre los trópicos, por ser aquella la región ardiente de los celos, los cuales se resfrían poco á poco á medida que se avanza al norte, y casi se apagan bajo el círculo polar.

Después de hecha esta terrible descripción de los celos, y de las personas poseídas de ellos, es justo manifestar los medios más propios para calmar y tranquilizar á los espíritus celosos. Los otros defectos de un marido no se hallan en cierto modo bajo la jurisdicción de su mujer, y ni uno debería si fuese posible llegar á su conocimiento; pero los celos exigen todo cuidado y atención y merecen que ella emplee toda su solícitud para encontrar un pronto remedio. Debe ella hacerlo con tanta mayor razón, cuanto que sus esfuerzos serán siempre bien recibidos, y que el amor de su marido aumentará á medida que sus sospechas se desvanecieren, porque, como ya lo hemos dicho, hay en los celos una gran mezcla de amor que vale bien la pena de separarlo de aquéllos. De esto trataremos en nuestro próximo ensayo.

#### REGLAS PARA CURAR LOS CELOS.

(Ensayo de Addison, publicado en el Espectador, de Londres.)

Después de haber examinado la naturaleza de los celos, y señalado las personas más sujetas á ellos, debo dirigirme á mis bellas correspondientes, que desean vivir bien con un marido celoso, librándolo de sus injustas sospechas. La primera regla que les señalo, es no desaprobar jamás en otro el mismo defecto ó culpa de que su marido celoso se hallare poseído, y no admirar nada en que él mismo no sobresalga. Un celoso es de lo más vivo en sus aplicaciones; cree ver una espada de dos filos en una in-

vectiva, y toma el panegírico de otro como una sátira asestada contra él. No se embaraza en considerar la persona, sino en aplicar el carácter, y resiente alegría ó bochorno según le conviene á el mismo. El menor elogio dirigido á otro excita su celo, porque esto le manifiesta que no es él el único apreciado; si oye elogiar aquello de que él carece, entra en furia, porque esto le prueba que en cierto respecto su mujer prefiere á otro. Horacio, en una de sus odas á Lidia, describe perfectamente los celos desde este punto de vista: « Cuando alaban en mi presencia el cándido cuello de Telefo y la belleza de sus brazos, ¡ ah Lidia ! se apodera de mí un furor que no puedo disimular. Mi alma pierde su asiento, cambio de color, y las lágrimas que se me escapan descubren el fuego que me consume. »

Al marido celoso no disgusta ciertamente que otro desagrade á su mujer, pero si ésta menciona ciertos defectos de que él mismo se considera poseído, no sólo descubrirá que otro le desagrade, sino también él mismo. En una palabra, es tan grande su deseo de gozar solo todo el amor de su mujer, que se aflige de no tener algún embeleso que él considera propio para atraérsele; y si ve, por lo que critica su mujer en los otros, que él no es tan agradable á sus ojos como podía serlo, deduce naturalmente que lo amaría más si tuviera otras cualidades, y que por consecuencia, el amor de su mujer no va tan lejos como debería ir según sus ideas. Por lo tanto, si vuestro marido celoso fuere de un humor serio ó triste, no manifestéis mucha afición por las chanzas, la alegría y las diversiones. Si su figura no fuere de las más bellas del mundo, debéis admirar la prudencia, ó cualquiera otra buena cualidad que posea, ó que á lo menos tenga pretensión á ella.

La segunda regla que propongo es que seáis franca y abierta con él; que le comunicéis todas vuestras acciones, le descubráis todos vuestros designios, y no tengáis para él ningún secreto, aunque sea sobre bagatelas. Un marido celoso aborrece las ojeadas y los secretitos de los que se hablan al oído, y si no puede profundizar todo lo que pasa, concebirá ciertamente temores, y sus sospechas irán lejos. Todo marido se considera como el principal confidente de su mujer, y si encuentra que ésta hace misterio de alguna cosa, se imaginará que el mal es mayor de lo que parece. Os importa pues, hacer uso con vuestro marido, de una franqueza uniforme y constante, porque si alguna vez llega á descubrir que le habéis encubierto una sola acción, todas las otras le serán sospechosas: su imagi-

nación comenzará á trabajar sobre el particular, y sacará consecuencias remotas que aumentarán su inquietud.

Si estas dos reglas fallan, el mejor expediente será mostrarse abatida y apesadumbrada de la mala opinión que tiene de vos, y de los sufrimientos que él mismo se procura á vuestro respecto. Hay muchas mujeres cruales que se deleitan en los celos de los que las aman, que insultan á un pobre corazón amartelado, y se recogian de ver que sus encantos producen tanta inquietud; pero esta clase de mujeres suelen llevar tan lejos esta crueldad, que su afectada indiferencia entibia el amor del marido, y nunca dejan de atraerse todo el desprecio que merece su insolencia; á la vez que un aire triste y abatido, efecto natural de una inocencia oprimida, puede calmar á un marido celoso, excitar su compasión, darle á conocer la injuria que hace á su esposa, y desterrar de su alma todos esos temores y sospechas que amargan la existencia de ambos. Una conducta semejante le obligará á lo menos á ocultar sus celos y á afligirse en secreto, porque convencido de su feble, no querrá hacerlo patente temeroso de que así se resfríe vuestro amor, y os disponga á amar á otro.

Hay otro expediente, que nunca falla, con tal que la mujer logre ser creída del marido, pero es expediente practicado sólo por mujeres de más astucia que virtud. Quiero decir, hacer el papel del marido celoso, y asestar su propia pasión contra él mismo, aprovechando alguna ocasión para manifestarle celos y siguiendo el ejemplo que él mismo ha dado. Este celo fingido no puede menos de serle grato, con tal que lo crea sincero, porque sabe por experiencia el mucho amor que entra en esta pasión, y gustará por otra parte el placer de la venganza al veros sufrir sus propios tormentos. Pero debemos confesar que es un ardid muy difícil, y al mismo tiempo tan falso, que nunca se debe poner en obra sino por mujeres que tengan bastante habilidad para cubrir el engaño, y bastante invención para hacerlo excusable.

Concluiré este ensayo con la historia de Herodes y de Mariana, según la refiere Josefó, la cual presenta un ejemplo de todo lo que puede decirse sobre este asunto.

Mariana tenía todos los encantos que la bellería, el nacimiento, el talento y la juventud pueden procurar á una mujer, y Herodes toda la pasión que estos encantos son capaces de inspirar en un temperamento ardiente y amoroso. En medio de este amor, condenó á muerte al hermano, y después al padre de Mariana. Esta bárbara acción fué puesta en conocimiento de Marco Antonio, el

cual intimó á Herodes la orden de que viniese inmediatamente á Egipto para responder del crimen de que se le acusaba. Herodes atribuyó esa orden al deseo que tenía Marco Antonio de poseer á Mariana, y por eso la puso, antes de partir, bajo la custodia de su tío José, con orden secreta de darle la muerte, en caso que él mismo fuese condenado á sufrirla. Encantado con la conversación de esta princesa, José empleó toda su elocuencia para persuadirle que Herodes la amaba tiernamente; pero como ella se manifestaba fría é incrédula, cometió la imprudencia de descubrirle, como una prueba irrecusable del amor de Herodes, la orden que había recibido puesto que no podía vivir ni morir sin ella. Este indicio cruel de una pasión furiosa, desterró por algún tiempo del corazón de Mariana los pocos restos de afecto que tenía por su Señor. Únicamente ocupada con la crueldad de esta orden, no discernía que dimanaba de un amor excesivo, y lo consideró más bien como un asesino que como un amante.

Apenas fué Herodes absuelto por Marco Antonio, cuando más enamorado que nunca, regresó á ver á Mariana, pero luego que supo la grande familiaridad que había habido en su ausencia entre ella y su tío José, concibió las sospechas más crueles, de modo que cuando volvió á verla entró en explicaciones, y con mucha dificultad pudo ella calmarlo, pero al fin lo consiguió, y él se mostró tan convencido de su inocencia, que de las quejas é improperios, pasó á las lágrimas y á los besos. Lloraron ambos con extremada ternura, pero cuando Herodes, en medio de los sollozos y de los suspiros, le hacía las más vivas protestas de amor y constancia á toda prueba, le ocurrió á ella preguntarle si la orden secreta que había dado á su tío era una prueba del amor suyo. Apenas oyó Herodes esta pregunta inesperada, cuando encendido en celos concluyó con que José no podía menos de haber llevado muy lejos su familiaridad con ella, puesto que de otro modo no le habría revelado nunca secreto de tal naturaleza. En una palabra, hizo dar muerte á su tío, y por un esfuerzo extraordinario sobre sí mismo, dejó la vida á Mariana.

Obligado algún tiempo después, á volver á Egipto, recomendó su esposa á Soemo, con la misma orden secreta que había dado á su tío, en caso que pereciese en su viaje. Á pesar de todas estas precauciones, Mariana supo ganar hasta tal punto el espíritu de Soemo, con sus regalos y sus modales encantadores, que le arrancó el secreto que Herodes le había confiado. Luego pues, que éste volvió de Egipto, quiso abrazar á Mariana con grandes transportes

de alegría y ternura, pero ella sólo correspondía con sollozos y lágrimas, acompañadas de todas las señales de la indiferencia y del odio que pudo manifestar. Irritado con recibimiento tan frío, no habría dejado de inmolarla á su resentimiento, si no hubiese temido ser él mismo la principal víctima. Poco después cambió este raptó de cólera en otro de ternura por Mariana. La hizo venir á su presencia, y trató de reducirla empleando todos los medios y caricias que pudo inspirarle en este momento el amor conyugal; pero ella sólo contestó con denuestos y acusaciones por la muerte de su padre y de su hermano. En medio de la calorosa disputa, Herodes hacía esfuerzos para contenerse, cuando un testigo sobornado por los enemigos de Mariana, entró repentinamente y la acusó de haber formado el designio de envenenar al rey. Pronto á encenchar entonces todo lo que se había dicho contra ella, Herodes mandó aplicar la tortura á uno de los principales sirvientes de su esposa, el cual obligado por la violencia de los tormentos confesó que la aversión de su ama por el rey venía de una cosa que Soemo la había dicho, pero respecto del envenenamiento, declaró que no sabía nada. Esta confesión fué fatal á Soemo, el cual se vió expuesto á las mismas sospechas que José y sufrió la misma suerte. La venganza de Herodes no se contentó con esta víctima, sino que acusó á Mariana de haber conspirado contra su vida, y por medio de la autoridad que tenía sobre los jueces, la hizo condenar y ejecutar públicamente. Poco después de esta muerte cayó Herodes en una profunda melancolía, y abandonó la administración de los negocios para retirarse á una soledad en donde se entregó á las terribles consideraciones de un amor extremo acompañado de lástima, desesperación, y arrepentimiento. En medio de sus desvarios y perturbaciones que agitaban su alma, llamaba con frecuencia á su querida Mariana, y probablemente no habría tardado en seguirla al sepulcro, si las calamidades públicas que lo amenazaban de cerca, no lo hubiesen desviado de tan triste objeto.

#### UN TAPICERO HOMBRE DE ESTADO.

(De Addison.)

Hace algunos años, vivía en mi vecindad una persona muy grave, un tapicero que parecía ocuparse mucho de sus negocios.

Era muy madrugador, y salía fuera de su casa dos ó tres horas antes que sus vecinos. Tenía la manía de fruncir las cejas, y cierta especie de impaciencia en todos sus movimientos, que claramente descubría su constante atención á materias de importancia. Examinando su vida y conversación, descubrí que era el mayor novelero de nuestra manzana; que se levantaba antes de amanecer para leer la *Estafeta*, y que daba dos ó tres vueltas en los arrabales de la ciudad, antes que se levantasen sus vecinos, para ver si habría llegado la mala de Holanda. Era casado, y tenía varios hijos; pero se mostraba más solícito de saber lo que pasaba en Polonia, que en su propia familia, y le causaba más inquietud el bienestar del rey Augusto, que el de sus parientes más cercanos. Cuando había carencia de noticias, parecía muy flaco, y nunca estaba contento cuando soplaban vientos del Este. Esta especie de vida infatigable, ocasionó la ruina de su tienda, porque hacia el tiempo en que su rey favorito dejó la corona de Prusia, quebró y desapareció.

Hacia largo tiempo que este hombre y sus negocios se habían borrado de mi memoria, hasta hace algunos días que paseándome en la alameda oí que me cesaba una persona que venía detrás; y ¿quién podía ser sino mi antiguo vecino el tapicero? Vi, que se hallaba reducido á extremada pobreza, por ciertas miserables superfluidades en su vestido, porque aun que era día muy caloroso, llevaba una casaca de invierno muy espesa y raída, con una corbata de lana muy abultada, que no dejaba ver sombra de camisa, y un sombrero viejo y abollado. Cuando se acercó á mí, me iba yo á informar de sus actuales circunstancias; pero él no me dió lugar por haberme preguntado en voz baja si las últimas cartas habían traído noticias del Pretendiente, sobre que pudiera uno contar. Le contesté que ningunas que yo supiera, y preguntándole si se había casado ya su hija mayor me contestó, no; pero repuso él, dígame Vd. lo que piensa sobre el rey de Suecia. Porque aunque su mujer y sus hijos están pereciendo de hambre, su mayor interés en la actualidad es por este gran monarca. Yo le dije que lo consideraba como uno de los mayores héroes del siglo. Pero dígame Vd. agregó él, ¿ cree Vd. que hay algo de verdad en la historia de su herida? Y viéndome sorprendido con tal pregunta, me dijo que sólo me la hacía para conocer mi opinión. Yo le contesté que creía no había razón para dudar, ¿ Pero por qué en el talón, repuso él, más que en ninguna otra parte de su cuerpo? Porque, dije yo, la bala casualmente le pegó allí.

Apenas terminó este diálogo extraordinario, cuando comenzó una larga disertación sobre los negocios del Norte, y al cabo me dijo que se hallaba muy embarazado para conciliar el *Heraldo* con el *Globo*, cuyos periódicos acababa de leer. La *Gaceta* contiene estas palabras: « Tenemos noticias fidedignas de que cierto príncipe se ocupa actualmente de examinar materias de grande importancia. » Esto es muy misterioso, pero la *Estafeta* nos deja en mayor obscuridad, porque nos dice que « hay intimaciones privadas de las medidas que ha tomado cierto Príncipe, las cuales serán conocidas con el tiempo. » Pues bien, el *Correo*, que acostumbra ser muy claro, se refiere á las mismas noticias en estos términos: « La última conducta de cierto Príncipe, procura gran materia de suposiciones. » Este cierto príncipe, dijo el tapicero, que con tanta precaución no se atreven á nombrar, estoy seguro que es ..... y entonces, aunque ninguno se hallaba cerca de nosotros, susurró algo en mi oído que no entendí, ni creí valía la pena de que me lo repitiese.

En esta conversación llegamos al fin de la alameda, en donde había tres ó cuatro sujetos muy originales sentados en un banco. Encontré que todos ellos eran amigos de la política, que acostumbraban tomar el sol todos los días antes de comer. Conociendo que eran curiosidades en su especie, tomé asiento entre ellos.

El principal era un político defensor de paradojas. Nos dijo, con aparente inquietud, que por las últimas noticias que había leído de San Petersburgo, le parecía que una tempestad es estaba formando en el Mar Negro, que con el tiempo podría perjudicar á las fuerzas navales de Inglaterra, agregando que por su parte no deseaba ver al Turco lanzado de la Europa, lo cual en su opinión, no podría menos de causar mucho daño á todas nuestras manufacturas de lana. Dijonos después, que consideraba las grandes revoluciones que habían acontecido últimamente en aquellas partes del mundo, como suscitadas por dos personas: el príncipe Menzikoff, y la duquesa Clementina. Apoyó sus aserciones con tantas ideas, y tal ostentación de profundidad y cordura, que nos rendimos á su opinión.

El discurso al fin recayó sobre un punto que nunca deja de afectar á un verdadero inglés; es decir, si en caso de guerra con Francia, nuestra marina no batiría á la de aquella nación. Esto fué decidido unánimemente en favor de Inglaterra.

Cuando hubimos dilucidado completamente este punto, mi amigo el tapicero comenzó á discurrir sobre las actuales nego-



ciaciones de paz, desposeyendo príncipes, estableciendo nuevos límites á los reinos, y ajustando el equilibrio de las potencias de Europa, con gran justicia é imparcialidad.

Al fin me despedí de la sociedad y di la vuelta, pero apenas habia yo andado cuarenta pasos, cuando el tapicero volvió á cecearme, y se acercó á mí con otro secreto. Yo esperaba oír alguna otra noticia que él no habia creído oportuno comunicar al banco, pero en vez de eso me pidió al oído que le prestase cuatro reales. Compadecido de un hombre de estado tan miserable, y queriendo disipar la confusión en que parecía encontrarse, le dije que si queria le daría un duro, con la condición de que él me daría veinticinco cuando el Gran Turco fuese lanzado de Constantinopla, lo cual aceptó él con gusto, pero no sin manifestar previamente la imposibilidad de semejante acontecimiento, según el estado actual de los negocios de Europa. Costóme no poco trabajo cortar la conversación.

Un servicio común á un sujeto impertinente, suele acarrear á uno muchas incomodidades imprevistas; y si uno no tiene particular cuidado, lo tomará él como proposición de estrecha amistad. Esto lo patenté yo esta mañana. Dos horas antes de amanecer, oí un gran toquido en mi puerta que fué repetido hasta que mi criada se levantó y fué á ver quién tocaba. Vino luego á decirme que era un hombre que parecia hallarse muy de prisa, y le habia dicho tenia necesidad de hablar conmigo. Por la pintura que ella me hizo del hombre, y por su voz, que pude oír desde mi cama, me imaginé que era mi antiguo conocido el tapicero, por cuyo motivo ordené á la criada dijese al hombre, quienquiera que fuese, que me hallaba indispuerto, que no podia ver á nadie, y que si tenia algo que decirme, le suplicase lo pudiese por escrito. La criada después de obedecerme, me dijo que el hombre habia dicho que esperaba en el café vecino hasta que me levantase, y le encargó mucho me dijese que los franceses habian sido rechazados en las márgenes del Rhin, y que la ciudad de Strasburgo, se hallaba sitiada.

Aunque gusto mucho se me informe de los triunfos de mis valientes compatriotas, no tengo gran empeño en oír hablar de una victoria antes de amanecer. Esta visita importuna me puso de muy mal humor. Apenas me habria yo calmado y comenzaba á conciliar otra vez el sueño, cuando me estremeció otro toquido, y al abrir la criada la puerta, oí la misma voz que le preguntaba si su amo se habia levantado, y le encargaba me dijese que habia

venido con el intento de hablar conmigo de unas noticias que acababan de llegar, y de las que toda la ciudad se entretendria dentro de dos horas. Ordené á mi criada, sin oír ni escuchar su mensaje, dijese al hombre que cualquiera que fuesen sus noticias, queria más bien saberlas dentro de dos horas que en aquel momento; y que persistia yo en mi resolución de no hablar con nadie aquella mañana. La criada le dió en el acto mi contestación, y cerró la puerta. Imposible me fué volver á dormir después de dos alarmas inesperadas, por cuya razón me vesti de pésimo humor. Me puse á pasear en mi cuarto reflexionando con gran cólera y desprecio en estos politicos voluntarios, que sufren todas las calamidades, vigiliás é inquietudes de un primer ministro, sin provecho para sí ni para su país, y sin embargo, sorprende el número considerable que hay de esta clase de hombres. Nada es más común que encontrar á un sastre quebrándose la cabeza con los negocios de Europa, ó ver un conjunto de porteros en sesión sobre el ministerio. Nuestras calles pululan con politicos, y apenas hay tienda que no pertenezca á un hombre de estado. Meditaba yo de esta manera cuando oí que el tapicero entregaba una carta á mi criada y le rogaba con gran prisa, que la entregase á su amo luego que se levantase. Su contenido es el siguiente:

« He andado en solicitud de Vd. para manifestarle que los sujetos con quienes conversamos el otro dia en el banco de la alameda, habiendo sabido que me dió Vd. un duro para recibir veinticinco en caso que el Gran Turco sea lanzado de la Europa, me han rogado informe á Vd. que cada uno de ellos recibirá con gusto un duro para devolver ciento, bajo la misma condición. Como nuestras últimas noticias de San Petersburgo presentan probabilidades más favorables que las de hace una semana, no dudo que Vd. aceptará la apuesta.

» Pero mi principal negocio no es éste. Recuerde Vd. el secreto que le comuniqué el otro dia en la alameda, y ya ve Vd. lo que ha ocurrido de entonces acá. Si hubiese yo visto á Vd. esta mañana, le habria comunicado otro secreto. Deseo que mañana se halle Vd. recuperado de su indisposición, porque me propongo venir á verle á la misma hora que hoy, visto que mis circunstancias particulares no me permiten aparecer en nuestra manzana de día.

» Me he visto tan ocupado con las excelentes noticias llegadas últimamente de Holanda, y la expectativa de pormenores ulteriores, como también con otras negociaciones de las que hablaré

á Vd. con más extensión mañana temprano, que no he pegado los ojos estas tres últimas noches.

» Los compañeros del banco me encargan manifieste á Vd. que se alegrarán mucho de verlo á menudo en el mismo lugar. Mientras los negocios permanezcan en el estado actual, nos reuniremos allí en las horas propias para tomar el sol. Á Dios, hasta mañana temprano.

» De Vd. muy humilde servidor, etc.

» P. S. El rey de Suecia se halla todavía en Bender.»

El anuncio de esta segunda visita me hizo temblar. He ordenado sin embargo á mi criada, que ate el aldañón de mi puerta y lo cubra con un paño, como si realmente me hallase enfermo, por cuyo medio pienso escapar de que se me inquiete antes de amanecer.

He escrito este papel para el provecho particular de aquellos dignos ciudadanos que viven más en los cafés, que en sus tiendas y talleres, y cuyos pensamientos se hallan de tal manera absortos con los negocios de la política, que olvidan á sus parroquianos.

#### LAS MOJIGATAS Y LAS COQUETAS.

(De Addison.)

No hay sociedad más grata que la de las mujeres que tienen buen sentido sin afectación, y pueden conversar con los hombres sin deseo oculto de imponer grillos ni cadenas. Camila, á quien visité esta mañana, es una de ellas. Siendo hermosa, se siente un poco preocupado invenciblemente en favor de cuanto dice, porque no se considera como tal cuando habla. Esta naturalidad comunica á su conversación cierta gracia que me la hizo muy agradable, hasta que nos vino á interrumpir Leonor, la cual tiene los encantos que pueden adornar á una mujer. Sus atractivos serían irresistibles si no fuera porque los considera tales, y los emplea en conquistas y estratagemas. Al fijarle los ojos cuando estaba sentada, conocí que era persona de un carácter que, para mejor inteligencia de los lectores, paso á describir. Leonor es una coqueta acabada, y pertenece á aquella secta de mujeres que ocasionan mucho daño en la sociedad. Yo continué hablando con Camila del mismo asunto que nos ocupaba, sin dar señales de

haber observado nada de extraordinario en Leonor; razón por la cual me tomé ella por hombre mal educado, y viendo mi vestido con ojos desdenosos, hizo á Camila un encogimiento de hombros; pero si el desprecio conque me veía era grande, no lo eran menos sus deseos de que yo la admirase, é hizo veinte esfuerzos para atraerse mis ojos; yo quise mantenerla desossegada en su asiento, jugando frívolamente con su abanico, y haciendo varios movimientos y gesticulaciones, antes de que diese yo señal de hacer el menor caso de ella. Al fin la miré con ojos de sorpresa, como si la mala luz en donde se hallaba sentada, no me hubiese permitido distinguir sus perfecciones. Es indecible la repentina alegría que manifestó su semblante, al ver que aun de un viejo como yo, había logrado llamar la atención; pero no gozó largo tiempo de su triunfo sin rival, porque á poco entró Elena, mujer de un carácter enteramente contrario, es decir tan completa mojigata como Leonor consumada coqueta. Camila me dirigió una mirada como si me intimase que ambas eran curiosidades en su especie, y dignas de observación. Luego que todos volvimos á sentarnos, cambié miradas con cada una de ellas, como si comparase sus perfecciones. Camila observó esto, y entabló conmigo una conversación alusiva á ambas en su cara misma, lo cual es bastante fácil; porque por lo regular, una mujer paga tanta atención á los defectos de otras, que apenas observa cuando se habla de los suyos. He notado Sr. Redactor, me dijo Camila, que Vd., en algunos de sus escritos, ha bosquejado varios caracteres femeninos, en los que á mi parecer no se ha expresado con bastante claridad y distinción, particularmente en los que se refieren á una mojigata y á una coqueta. Al mencionar esto, Elena se animó con las esperanzas de ver el bosquejo de Leonor, y Leonor con las esperanzas de ver el de Elena. Madama, dije yo á Camila, cuando examinamos la naturaleza encontramos con frecuencia efectos contrarios procedentes de la misma causa. La mojigata y la coqueta, aunque aparecen muy diferentes en su conducta, son en realidad la misma especie de mujeres. El motivo de acción en ambas es la afectación de agradar á los hombres. Las dos son hermanas de la misma sangre y constitución; solamente una elige un vestido grave y la otra ligero. La mojigata aparece más virtuosa, la coqueta más viciosa, de lo que son en realidad. La conducta esquiva de la mojigata, tiende al mismo objeto que los requerimientos é insinuaciones de la coqueta; y hay tan poca razón para desesperar de la severidad de la una, como para concebir es